

# Snowden

---

Galo Galarza Dávila<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano.

**H**ace un tiempo vi en un cine de Montevideo la película *Snowden*, dirigida por Oliver Stone, que se presentó simultáneamente en salas de muchas partes del mundo. Está basada en investigaciones personales del laureado director norteamericano y en los libros que escribieron Luke Harding, titulado: *The Snowden files. The inside story of the world's most wanted man* (cuya traducción al español sería algo así como *Los papeles de Snowden. La historia interior del hombre más buscado del mundo*), y en otro texto, cuyo título desconozco, escrito por Anatoly Kucherena, el abogado ruso de Snowden.

Es una película bien hecha, como muchas de las que ha realizado este gran director. Cuenta la vida del joven espía estadounidense, Edward Snowden (interpretado por el actor y cantante, también norteamericano, Joseph Gordon-Lewitt), quien después de fracasar como soldado, Snowden digo, en el Ejército de su país, se enrola en los complejos y laberínticos terrenos de la Central

de Inteligencia Americana (CIA). Allí conoce la manera en la que se desarrolla un espionaje global que gravita en la vida de los habitantes del planeta. Una especie de Hermano Mayor, el ojo siniestro que imaginó George Orwell, monitoreado ahora desde Washington y otros centros de poder estadounidenses. Harto de mirar cómo se podía arruinar vidas y acabar con la honra de muchos seres, el joven Snowden decide escapar de esa espantosa red y contar su verdad al mundo mediante el diario londinense *The Guardian*. Es una película, sin duda, audaz y valiente que toma absolutamente partido por Snowden y lo presenta como un héroe, como un joven idealista que arriesgó su vida y dejó de lado los privilegios y prebendas que tenía como agente de la CIA para enfrentarse al fáustico poder del país más poderoso del mundo.

No me habría interesado tanto en esta película de no ser porque Snowden estuvo directamente involucrado con el Ecuador y, más exactamente, en el preciso momento cuando estuve encargado del Ministerio

**No me habría interesado tanto en esta película de no ser porque Snowden estuvo directamente involucrado con el Ecuador y, más exactamente, en el preciso momento cuando estuve encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores, como Canciller subrogante, un mes de junio del año 2013.**

de Relaciones Exteriores, como Canciller subrogante, un mes de junio del año 2013. La historia ocurrió tal como la voy a describir a continuación. Pido disculpas por utilizar esa odiosa forma de la primera persona pero no tengo más remedio:

Yo había pedido unos días de licencia médica porque me rompí un Tendón de Aquiles en un estúpido accidente doméstico, cuando salté, en verdad, una pequeña zanja mientras visitábamos con mi esposa y mi hija la hacienda Zuleta, de mi ilustre tocayo, el ex Presidente Galo Plaza Lasso (castigo divino, debió haber sido, por ir sin alas a esos lugares). Estaba pues recuperándome de aquella lesión (que a la larga se complicó y debí someterme a dos intervenciones quirúrgicas complementarias) en mi apartamento de Quito, cuando el día lunes 24 de junio de 2013, muy temprano, recibí una llamada telefónica de la Jefe de Despacho del Canciller Ricardo Patiño, la arquitecta Patricia Dávila Aveiga (con quien, por cierto, no me une ningún parentesco, de lo que yo conozca). Ella me pedía, con esa llamada, que fuera al Ministerio de Relaciones Exteriores urgentemente porque debía quedarme como Canciller subrogante, ante un viaje largo y eminente del titular. “Se va Ricardo por una semana al sudeste asiático”, me explicó

la funcionaria con un tono atropellado, “y pide que por favor usted le reemplace, pues el viceministro Marco Albuja está también en una larga gira por Europa”. Le expliqué a Patricia Dávila (quien era la mano derecha de Patiño, una suerte de madrina o hermana mayor suya) que aún estaba con las molestias de las operaciones que me habían hecho hace apenas unos días, que me movilizaba apoyado en un bastón, que perfectamente podría reemplazar al ministro viajero otra persona, otro subsecretario de los que estaban ese momento en Quito, incluso sugerí nombres alternativos. De nada valieron mis razonamientos, insistió evocando argumentos más contundentes, tales como el patriotismo, el deber, la abnegación; finalmente dijo que el Acuerdo Ministerial con el encargo estaba ya firmado. Vi, entonces, que debía acudir a su llamado (al llamado de la Patria o de la Matria). Me duché, me coloqué un traje y esperé a que un chofer de Cancillería (el buen amigo Fredy Vela) viniera a recogerme del edificio donde vivía. Llegué a mi despacho y desde un primer momento noté tensiones y resquemores. Un ir y venir de personas, un sonar de voces, de carraspeos cuando me veían. Como cuando se presiente una tormenta. Algo complejo se estaba gestando, definitivamente, en el quinto piso del Palacio Najas. Seguí atendiendo las funciones de Canciller subrogante junto con las ya pesadas y complejas que tenía como Subsecretario de América Latina y el Caribe, desde mi oficina ubicada en el segundo piso. Durante los encargos ocasionales que tuve de viceministro y ministro nunca fui a esos despachos, como lo puede certificar mi muy querida amiga y colega María Isabel Cobo, secretaria de la SALC (como son las siglas de esa Subsecretaría). Debo confesar que las sillas

del poder me dan un poco de resquemor desde cuando supe la anécdota de Pancho Villa y Emiliano Zapata, líderes de la Revolución mexicana, quienes ingresaron al Palacio Presidencial del Zócalo con toda la fuerza e ímpetu de los revolucionarios triunfantes, allá por el año 16 o 17 del siglo XX. Pancho Villa fue directamente a la famosa “Silla del Águila” (trono presidencial) y allí se sentó por un rato. Luego le invitó a Zapata para que hiciera lo mismo. Este lo miró con esos ojos saltones y luminosos que tenía y le respondió: “No manito, porque todo el que se sienta en esa silla se convierte automáticamente en un hijo de la chingada”.

Al día siguiente, a las 4 de la madrugada de aquel martes 25 de junio de 2013 –ya saltamos en la historia y volvimos al siglo XXI–, recibí una llamada en mi teléfono celular de Jesús (Txema) Guijarro, el asesor español de Patiño (actualmente diputado por el Movimiento Podemos en la Cámara de Diputados del Reino de España), quien muy compungido me decía que, por instrucciones del Canciller, debía ir a primera hora a Cancillería y presentar en la Embajada de la Federación Rusa acreditada en Quito un pedido (expresado en Nota Verbal) para salvar la vida de una persona. No me dio otros detalles y me dijo que Patiño estaría enviando, en unos minutos, una instrucción escrita a mi correo personal. Obviamente ya no pude conciliar el sueño y muy temprano estuve nuevamente en mi despacho de Cancillería. En efecto, encontré en mi correo personal una Nota Verbal en la cual se transmitía el pedido del Gobierno ecuatoriano al Gobierno ruso para que permitiera el paso al Ecuador desde el aeropuerto moscovita del ciudadano norteamericano Edward Snowden para preservar su vida.

Esa fue la primera vez que vi su nombre.

Traté de comunicarme con el entonces ministro Patiño para que me diera más información al respecto, pero fue imposible por los cambios de hora con esa región asiática y, porque muy probablemente, no quería hablar al teléfono (que debía estar interceptado). Vi que se trataba de algo muy complejo. Revisé los periódicos del día, vía electrónica, y todos traían noticias del “escape” de Snowden desde Hong Kong a Moscú. Allí supe de quién se trataba. No entendía por qué nuestro país se estaba metiendo en esa danza, por qué se estaba protegiendo a un espía norteamericano, por qué quería que viniera al Ecuador.

Poco a poco, a lo largo del día, se iría desliando la madeja. Un canal estadounidense anunció que Snowden escapó desde Hong Kong con un salvoconducto proporcionado por el Gobierno ecuatoriano. Eso derramó el vaso. No podía permitir que se me estuviera utilizando para una jugada tan absurda de la cual no conocía absolutamente nada. Llamé al teléfono a nuestro Embajador en China, José María Borja, para averiguar si su Embajada había concedido ese salvoconducto. Hizo las averiguaciones del caso y me respondió negativamente. En las noticias apareció el nombre del señor Fidel Narváez, Cónsul de nombramiento político

***Poco a poco, a lo largo del día, se iría desliando la madeja. Un canal estadounidense anunció que Snowden escapó desde Hong Kong con un salvoconducto proporcionado por el Gobierno ecuatoriano. Eso derramó el vaso. No podía permitir que se me estuviera utilizando para una jugada tan absurda de la cual no conocía absolutamente nada.***

en Londres, quien habría sido la persona que extendió ese salvoconducto. Llamé a la Embajadora en Gran Bretaña, Ana Albán, quien también negó que ella hubiese dado autorización para que se extendiera ese documento y me informó que el tal Cónsul Narváez había viajado a Moscú. Allí ya pude armar el cuadro completo. Quien movió todos los resortes para esta jugada fue, sin duda, el famoso hacker (o periodista acucioso, como le llaman sus defensores) Julián Assange, asilado en la Embajada del Ecuador en Londres y hoy recluido en una prisión del Reino Unido, quien, seguramente, convenció a Patiño, a sus asesores y a Narváez para que se extendiera aquel salvoconducto y se recibiera a Snowden en el Ecuador. Sí que estábamos jugando en las “Grandes Ligas”, como aspiraba pintorescamente el ex Canciller Zuquilanda, pero lo estábamos haciendo con torpeza e irresponsabilidad.

Con los informes de los embajadores del Ecuador en China y Gran Bretaña de que no autorizaron ese salvoconducto, me enfrenté a un tropel de periodistas que prácticamente me cortaron el paso en un corredor del Palacio Legislativo a donde fui al día siguiente a participar en una reunión de la Comisión de Asuntos Internacionales, a las 11 horas. Era el 26 de junio de 2013. Me cerraron el paso los periodistas y me pusieron encima cámaras y micrófonos. “¿Es verdad que el Ecuador dio un salvoconducto al señor Edward Snowden para que saliera de China a Rusia?”, gritaban los periodistas allí apostados. Armándome de valor y sabiendo que mi declaración iba a causar una verdadera conmoción en algunos sectores, me paré frente a los micrófonos y dije lo siguiente, una palabra más, una palabra menos, estoy citando de memoria: “Señores periodistas, me van a disculpar

pero voy a dar una sola declaración. La Cancillería, temporalmente a mi cargo, no autorizó ni extendió un salvoconducto de refugiado ni un pasaporte para que lo utilizara el ciudadano norteamericano Edward Snowden y saliera de Hong Kong a Moscú. Si alguien lo hizo, fue por su exclusiva iniciativa y responsabilidad, y deberá responder por ello. He consultado a los embajadores ecuatorianos acreditados en China y Gran Bretaña, y ellos me han confirmado que no autorizaron la extensión de ningún documento a favor de dicho ciudadano. Me disculparán, no voy a dar ninguna otra declaración”. Fragmentos de esa declaración se los puede todavía encontrar en el buscador Google si pone mi nombre y el de Snowden. Prácticamente me abrí paso entre las cámaras, los cables y los trípodes, llegué a un ascensor, salí del Palacio Legislativo y regresé a mi despacho en Cancillería. A las pocas horas, recibí indignadas llamadas del señor Alexis Mera, Asesor Jurídico de la Presidencia de la República, y del señor Fernando Alvarado, Secretario de Comunicación –ambos sindicados ahora en procesos penales, el uno con detención domiciliaria, el otro prófugo de la justicia–, quienes me reclamaron por haber dado esa declaración sin haber coordinado mi respuesta con ellos. Disculpen, les respondí a ambos, no sabía que el Ministro de Relaciones Exteriores, como soy este momento, deba pedirles autorización a ustedes para dar una declaración tan simple como la que di sobre un trámite administrativo. Les reitero que yo, como Canciller subrogante, no he dado autorización alguna para que se extendiera un salvoconducto a favor del señor Snowden, y nuestros embajadores en China y Gran Bretaña tampoco lo hicieron. Ellos me respondieron, casi como una amenaza velada, que ese asunto lo tratarían

en unos minutos más con el Presidente Correa, quien estaba muy preocupado por lo ocurrido.

Mientras tanto, mi declaración fue publicada por varios medios de prensa a nivel mundial (se la puede encontrar todavía, como he dicho, en los buscadores de Mr. Google). Se armó la controversia. A las 7 de la noche, recibí una llamada del Presidente Rafael Correa, quien me preguntó si en verdad yo no había autorizado la emisión del salvoconducto a favor de Snowden. “No Presidente, respondí, no lo autoricé y nuestros embajadores acreditados en China y Gran Bretaña tampoco lo hicieron”. “¿Y quién lo autorizó entonces?”, volvió a preguntar muy indignado. “No lo sé, Presidente, al parecer lo hizo el Cónsul en Londres, Fidel Narváez, por su propia iniciativa y responsabilidad”. Oí una fuerte expresión del entonces Presidente, quien dijo: “Yo sé quién movió toda esta estupidez. Fue Assange. En pocos minutos voy a dar una rueda de prensa y confirmar que el Gobierno ecuatoriano no autorizó ese salvoconducto”. Me quedé con el alma en un hilo. Si el entonces Presidente Correa no me respaldaba en su rueda de prensa, estaba perdido, significaba mi salida del Ministerio de Relaciones Exteriores o al menos mi separación de la Subsecretaría de América Latina y el Caribe, con destino incierto. Así lo comenté a mi esposa cuando llegué a mi apartamento. “Preparémonos para afrontar una tormenta”, le dije.

Pasaron los minutos y las horas, y el Presidente no compareció a su rueda de prensa. Fue recién al día siguiente que los entonces ministros del Interior, José Serrano; de Bienestar Social, Doris Solís o Bety Tola, no lo recuerdo bien; y Comunicación Social, Fernando Alvarado, aparecieron en una rueda de prensa televisada a confirmar, entre otros asuntos,

que el Gobierno ecuatoriano no autorizó el salvoconducto para Snowden y que el funcionario que lo hizo debía atenerse a las sanciones administrativas de rigor. Ese momento respiré hondo, me regresó el alma al cuerpo. Había conseguido el respaldo del Presidente, no se recibiría a Snowden en el Ecuador y se evitaría así un serio conflicto con los Estados Unidos, cuyo Gobierno había enviado fuertes señales indicando que no reconocerían el asilo o refugio que el Ecuador otorgara a Snowden, al que consideraban un traidor a la Patria porque había puesto en peligro miles de vidas norteamericanas. Estaba evitando así, con mi decisión, crearle a nuestro país un problema igual o peor al que tuvimos con Assange. Y no estaba poniendo de ninguna manera en riesgo la vida de Snowden, mucha atención, porque este ya estaba en Rusia donde, a la larga, recibiría el buscado asilo.

***Había conseguido el respaldo del Presidente, no se recibiría a Snowden en el Ecuador y se evitaría así un serio conflicto con los Estados Unidos, cuyo Gobierno había enviado fuertes señales indicando que no reconocerían el asilo o refugio que el Ecuador otorgara a Snowden, al que consideraban un traidor a la Patria porque había puesto en peligro miles de vidas norteamericanas.***

Ese mismo día, el Presidente Correa llamó, en horas de la tarde, a su Gabinete de Seguridad a una reunión de emergencia en su despacho. Yo fui como Ministro de Relaciones Exteriores subrogante. El Presidente preguntó a cada uno de los

ministros (de Defensa, de Economía, de Relaciones Exteriores) sobre las reacciones que los Estados Unidos podían tener si el Ecuador recibía a Snowden como refugiado. Después de escuchar con atención cada uno de nuestros razonamientos, especialmente el que le dio el Ministro de Finanzas, señor Rivera, concluyó categórico: “No se le dará refugio en el Ecuador al señor Snowden porque gratuitamente estaríamos poniendo en riesgo al país y a nuestro propio proyecto político”. Repito de memoria sus palabras, a lo mejor dijo algo más o algo menos. Como Ministro de Defensa Nacional estaba ese momento Wellington Sandoval, tal vez él las recuerde con más precisión.

Al día siguiente llamó el Presidente Correa a reunión de Gabinete Ampliado en los salones de Carondelet. También fui como Ministro de Relaciones Exteriores subrogante. Allí, frente a todos sus ministros y secretarios, explicó lo acontecido y la decisión final que había adoptado respecto al pedido de refugio de Snowden. Mientras transcurría la reunión, pidió disculpas y se ausentó unos 15 o 20 minutos del salón. Retornó y dijo que se había ausentado para recibir una llamada del Presidente de los Estados Unidos en funciones, el vicepresidente Joe Biden (hoy candidato a Presidente), en ausencia de Barak Obama (quien estaba ese día fuera del país). “Biden, quien es un buen hombre me llamó, dijo Correa, para agradecerme por la decisión del Ecuador de no dar asilo a Snowden”. Eso lo escuchó todo su Gabinete Ampliado. Se conjuraba así una crisis que habría podido ser mucho más compleja de lo que se imaginaba. El entonces Presidente Correa, en un gesto que le hubiese honrado, habría podido reconocer ante su Gabinete Ministerial que esta crisis se solucionó gracias al manejo profesional y decidido que tuve al frente del Ministerio

de Relaciones Exteriores. Por el contrario, dijo algo así como: “Toda esta crisis sucedió porque en la Cancillería estaba un encargado del encargado, pues el Ministro y el Viceministro estaban fuera del país”. Mezquina actitud, por decir lo menos, de un mandatario que le tuvo siempre una especial antipatía a la diplomacia de carrera. Acarreaba un viejo resentimiento porque, según afirmaba, algunos diplomáticos lo trataron mal cuando él era estudiante en Europa y Estados Unidos. No le prestaban, en verdad, los periódicos ni le atendían sus consultas, según relataba cuantas veces podía.

Cuando retornó Patiño de su viaje por el sudeste asiático, fue llamado a una reunión en Carondelet, cuyo desenvolvimiento desconozco. Ya no estuve presente en ella. Lo cierto es que Patiño, quien no me dijo una sola palabra sobre lo acontecido con Snowden cuando se topó conmigo, se “hizo el sueco”, como suele decirse en Pichincha, retornó de esa reunión para pedir que se llamara a Fidel Narváez a Quito, a fin de que explicara su conducta. El señor Narváez llegó, se reunió con Patiño y no sé si con el propio Presidente Correa, lo cierto es que nunca le dieron ninguna sanción; dispusieron que pasara del Consulado a la Embajada en Londres y allí terminó todo. Estuvo claro que este señor no actuó por su cuenta y riesgo, que alguien poderoso del mismo Gobierno lo respaldó y autorizó para que extendiera el salvoconducto a Snowden. De no haber sido por mi actitud (que describo en esta nota y que podría respaldarla bajo juramento), nuestro país se habría visto envuelto en un serio conflicto de impredecibles consecuencias, de la manera más torpe e irresponsable. A veces la historia —o si hay una fuerza superior a ella— nos coloca en el lugar y momento indicados, sin que hagamos nada para

merecer ese privilegio o esa condena.

Snowden, el héroe para muchos, salvó su vida o su libertad gracias a ese documento que le extendió un audaz Cónsul ecuatoriano (algunos pensarán que en un acto de arrojo supremo). Tal vez un día se escriba una novela épica. Snowden, el traidor para otros, escapó de la justicia gracias a esa acción irresponsable y cómplice del señor Fidel Narváez. En todo caso, al no recibirlo en el Ecuador, como era la aspiración de algunos, evitamos los ecuatorianos un (otro) serio problema con los Estados Unidos, país al que se debe respetar (como a todos los del mundo) si queremos su respeto, aun cuando no comulguemos con muchas de sus políticas imperialistas. Rusia concedió el asilo a Snowden y ese fue otro cantar. Rusia es una potencia mundial a la que no puede extorsionar la otra potencia mundial.

***Snowden, el héroe para muchos, salvó su vida o su libertad gracias a ese documento que le extendió un audaz Cónsul ecuatoriano (algunos pensarán que en un acto de arrojo supremo). Tal vez un día se escriba una novela épica. Snowden, el traidor para otros, escapó de la justicia gracias a esa acción irresponsable y cómplice del señor Fidel Narváez. En todo caso, al no recibirlo en el Ecuador, como era la aspiración de algunos, evitamos los ecuatorianos un (otro) serio problema con los Estados Unidos, país al que se debe respetar (como a todos los del mundo) si queremos su respeto, aun cuando no comulguemos con muchas de sus políticas imperialistas.***

Yo retorné a mis funciones de Subsecretario para América Latina y el Caribe, pero fueron tantas las tensiones que debí afrontar durante aquellos años (2013 a 2015), cuando estuve al frente de esa responsabilidad, que enfermé de cáncer (un Linfoma No Hodgking que afectó mi sistema inmunológico) del que pude sobrevivir gracias a muchos ángeles de la guarda que me cuidaron. Pero esa ya es otra historia. Algo que merece un capítulo aparte. He escrito muchas páginas al respecto que algún día verán la luz. Es tal vez el precio que debí pagar por no saber decir no. No, cuando me propusieron que asumiera la Subsecretaría de América Latina y el Caribe. Ese mismo no, que ya lo había pronunciado, cuando me propusieron que asumiera el Viceministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana, mientras desempeñaba las funciones de Embajador del Ecuador en México, lo cual causó encendidos enojos entre algunos miembros del régimen de entonces que no comprendían cómo me permitía rechazar tan alto encargo que quiso hacerme el Gobierno de la revolución ciudadana. Una amiga que llegó a ocupar una cartera de Estado en ese régimen, años después, me manifestó que ese resentimiento persistiría por mucho tiempo y que ella misma llegó a albergar ese enojo conmigo.

Me vi obligado a escribir este episodio porque vale la pena que se lo conozca en su real dimensión. Los políticos y los académicos (en su aparente frialdad) omiten a veces aspectos cruciales en la historia o la falsean (sobre todo los políticos y los tontos que escriben cualquier cosa en las redes sociales). De ahí la importancia de la literatura testimonial.

Mi amigo y colega Francisco Carrión Mena, exEmbajador del Ecuador en Estados Unidos, por ejemplo, quien



como sabemos todos es un destacado diplomático y académico, ex Ministro de Relaciones Exteriores, en su libro *Ecuador: entre la inserción y el aislamiento. Política exterior 2000-2015* (edición de FLACSO y la Universidad Central del Ecuador) dedica únicamente el siguiente párrafo a este episodio en su página 132:

*Asimismo, otra fricción entre ambos países (Ecuador y Estados Unidos) tuvo lugar en junio de 2013 cuando el ex contratista de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA) estadounidense, Edward Snowden, quien se encontraba oculto en Hong Kong por la filtración de los programas secretos de espionaje, entre ellos, los de vigilancia masiva, obtuvo el salvoconducto otorgado por el Cónsul ecuatoriano en Londres, Fidel Narváez, con el que aterrizó en Moscú, si bien posteriormente no le fue concedido el asilo político en Ecuador, a pesar de la solicitud realizada por Snowden y su examen durante el Gobierno de Correa.*

Nada menciona Francisco Carrión de cómo se conjuró el problema ni de las consecuencias que habría podido tener para la relación con Estados Unidos si Ecuador daba refugio o asilo a Snowden. Es como, si para describir el hundimiento del Titanic, únicamente se hubiese mencionado las fechas de salida y de naufragio, tal vez el nombre del capitán, y nada se dijera del drama humano que estuvo detrás de esta tragedia. Estoy exagerando, claro, pero por ahí van los tiros.

El mismo Snowden acaba de publicar sus memorias a las que titula: *Vigilancia permanente* (tengo conmigo la edición de

Planeta, en la traducción de Esther Cruz Santaella, Buenos Aires, 2019. El título original del libro es *Permanent record*), en las que se presenta de la siguiente forma: “Me llamo Edward Joseph Snowden. Antes trabajaba para el Gobierno, pero ahora trabajo para el pueblo” (pág. 11).

En el libro cuenta su vida, desde su más tierna infancia hasta cuando obtiene el asilo en Moscú y se centra mucho en contar la forma como se involucró en los laberintos de la CIA. Dedicó un capítulo entero (el 27) para describir la forma en la que salió de Hong Kong hacia la capital de la Federación Rusa: “Para ser un país costero en el borde noroeste de América del Sur, separado de Hong Kong por medio globo terráqueo –dice el exespía norteamericano– Ecuador está en mitad de todo” (pág. 395).

A continuación describe la forma como miran sus compatriotas norteamericanos a nuestro país: “La mayoría de mis compañeros norteamericanos diría acertadamente que es un país pequeño, y algunos quizás incluso saben lo suficiente para afirmar que tiene detrás una historia de opresión. Sin embargo serían unos ignorantes si pensaran que es un páramo” (pág. 395).

Sigue con un recuento de la forma como Rafael Correa llegó al poder y en qué momento histórico. “Puso en marcha un aluvión de políticas orientadas a enfrentar y frenar los efectos del imperialismo norteamericano en la región”, concluye.

En otra parte del libro dice:

*Ecuador, al menos en 2013, mostraba una sólida convicción en la institución del asilo político ganada a base de bien. Como ejemplo más famoso de ello, la Embajada ecuatoriana en*

*Londres se había convertido bajo la Presidencia de Correa en el refugio seguro y último reducto de Julián Assange, de Wikileaks. Yo no tenía ningunas ganas de vivir en una Embajada, quizá porque ya había trabajado en una. Aun así, mis abogados de Hong Kong coincidían en que, dadas las circunstancias, Ecuador podía ser el país con más probabilidades de defender mi derecho al asilo político y menos de dejarse intimidar por la ira de la potencia hegemónica que dominaba su hemisferio... Mi esperanza era llegar al mismo Ecuador (pág. 396).*

Continúa describiendo los razonamientos que hacían sus abogados y asesores para burlar la persecución del Gobierno estadounidense y las formas que tiene incluso de aplicar “un secuestro” o una extradición ilegal conocida como “rendición” que la efectúan con una flota de aviones privados. Luego describe la manera como Assange se apersonó del asunto para ayudarle a escapar, hace una caracterización de la personalidad del “luchador” australiano, como le llama: “Puede ser egoísta y vanidoso, temperamental e incluso intimidatorio – dice–, pero también se concibe a sí mismo,

con total sinceridad, como un luchador en la batalla histórica por el derecho de la ciudadanía a saber” (pág. 398).

Cuenta del rol fundamental que tiene en su escape a Moscú su amiga Sarah Harrison vinculada a Assange, quien viaja a Hong Kong para asesorarlo y acompañarlo. Y claro, como no, se refiere a la “extraordinaria valentía” del Cónsul ecuatoriano en Londres, Fidel Narvárez, quien extendió un *laisser-passer* (salvoconducto), sin esperar la autorización de su gobierno. “Ese *laisser-passer* –dice exactamente–, que se suponía me llevaría a Ecuador, lo había emitido el Cónsul con carácter de emergencia, dado que no teníamos tiempo para que su Gobierno lo aprobase formalmente” (pág. 399). Los subrayados son míos.

Nada dice en las páginas posteriores de por qué se frustró su llegada al Ecuador y habla sí de la forma como finalmente el Gobierno ruso terminó dándole un asilo que perdura hasta cuando escribo estas notas. De tal manera que este testimonio mío bien podría ser titulado, parafraseando al gran Juan Montalvo: el capítulo que se le olvidó a Snowden.

Montevideo, octubre de 2019